

EL PATRIMONIO MUSICAL DE NAVARRA

José María CORELLA IRAIZOZ

Navarra ha tenido a través de todos los tiempos hombres de insigne condición en los campos de la cultura, el arte y las armas, pero pocas regiones de España podrán enorgullecerse tanto como esta del viejo reino por el número y la calidad de músicos que ha producido. Basta con repasar las páginas de la historia musical española para comprobar que los nombres de los compositores navarros ocupan un lugar preferente. Ahí está Blas de Cáseda (famoso músico del siglo XVI, autor de importantes composiciones religiosas y populares), Pedro de Huarte (nacido en Tafalla en 1605, organista de El Escorial y autor de gran número de obras religiosas entre la que destaca una famosa y soberbia Misa solemne), Miguel de Egüés (nacido en 1654, maestro de capilla de Lérida, Zaragoza y Burgos), o el más que celeberrimo Blas de la Serna (quizás el más famoso músico español del siglo XVIII).

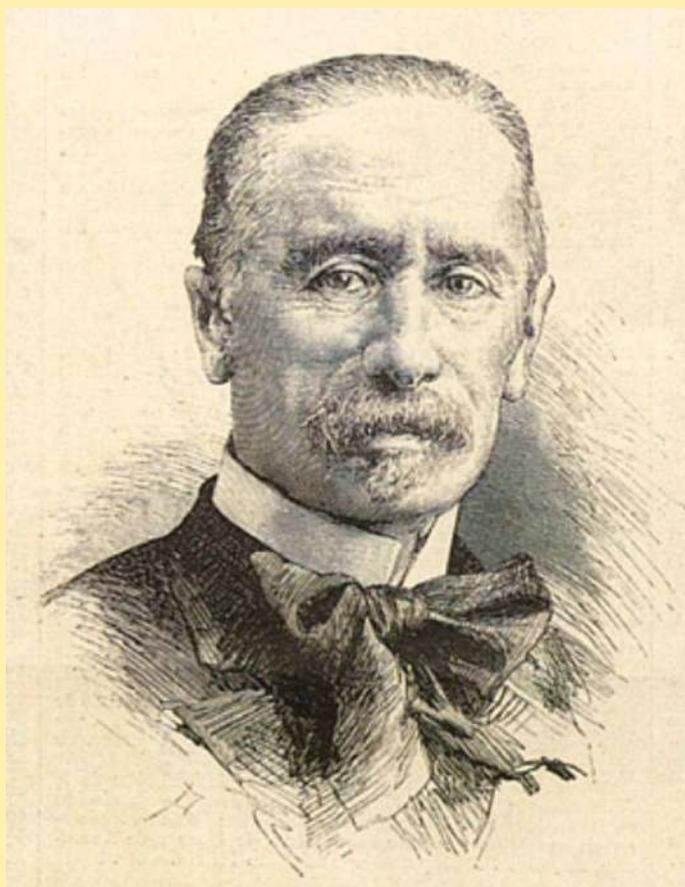


El librito de las Abilidades, Tonadilla General, de Blas de Laserna (1571-1816).

Blas de Laserna y Nieva (1751-1816), llamado por la calidad de su música y lo prolífico de su obra "el Mozart de la tonadilla", es acaso el más destacado maestro en el medio siglo en que floreció la tonadilla, compitiendo con autores tan notables como Esteve, Plá, Misón, Castel, Galván, Félix Máximo López e incluso Manuel García.

Nacido en Corella, no se sabe dónde recibiría su primera formación, quizá en Tarazona con el organista Mariano Cosuenda o puede que con el maestro de capilla de aquella catedral Francisco Sala; aunque varios estudiosos se inclinan por que pudo conocer en la villa aragonesa al ilustre maestro turiasonense Antonio Ripa y des-

pués recibir en Tudela lecciones de otro futuro maestro del teatro lírico, su paisano Josef Castel (1737-1807), ilustre autor de La fontana del placer, o incluso del joven tudelano Pedro Aranaz (1740-1820). Laserna llegó a Madrid en 1774 y pronto se abrió paso como compositor teatral, llegando a serlo oficialmente en dos de las principales compañías líricas madrileñas. Aplicó música incidental a numerosas comedias y sainetes, compuso una ópera, un concierto para dos trompas y orquesta, otro para dos oboes, e innumerables tonadillas a solo, a dúo, a tres, a cuatro y generales para cinco voces o más. Se conservan cerca de seiscientas, buena parte de ellas en la Biblioteca Histórica del Ayuntamiento de Madrid.



Juan María Guelbenzu (1819-1886).

Ahora bien, en cuanto a cantidad y calidad de compositores, el siglo XIX fue especialmente generoso con Navarra. Porque, a la archiconocida figura de Pablo Sarasate, cuyo arte fue objeto de reconocimiento universal, hay que añadir los nombres de Joaquín Gaztambide (Tudela, 1822 – 1870), Juan María Guelbenzu (Pamplona, 1819 – 1886), Hilarión Eslava (Burlada, 1897

– 1878), Emilio Arrieta (Puente la Reina, 1885 – 1894), Dámado Zabalza (Irurita, 1835 – 1894), Felipe Gorriti (Huarte-Araquil, 1839 – 1896) o Mariano García Zalba (Aoiz, 1809 – 1869)..., amén de una impresionante lista de compositores que puede catalogarse en segundo nivel, tales como: Antonio Vidaurreta, de Pamplona; Leandro Hernández, tafallés que fue el primer organista y maestro de capilla de la Catedral de Ávila; Miguel Astráin (auntor del conocido vals para la marcha del Ayuntamiento a las vísperas de san Fermín); Juan Desplán, organista de la parroquia de san Nicolás, autor de un famoso Stabat mater y de un no menos reconocido Miserere.

En este siglo XIX la música adquirió la aceptación de ser un “lenguaje de sentimientos” tan válido y fuerte como es el lenguaje de expresión de las ideas. A ello ayudó definitivamente el hecho de que, superados los límites técnicos que hasta entonces había para imprimir, se pudiera acometer en esa centuria la edición y difusión de partituras y documentos musicales. La música adquirió así la misma fuerza proyectiva que poseían las demás manifestaciones del arte, cosa que podía palpase tanto por la masiva asistencia a los conciertos como por el fervor que el público depositó en la zarzuela y en la ópera, espectáculos en los que la música encontró una plenitud expresiva inédita hasta entonces al fundirse con la enorme riqueza que aporta el teatro.

En este terreno es donde más destacaron los músicos navarros. En el campo de la zarzuela, por ejemplo, hay tres compositores a los que llegó a llamárseles “dioses de la zarzuela”: BaBarbieri, rvieri, Arrieta y Gaztambide. De los tres, dos son navarros y bien puede decirse que nuestra tierra ganó por goleada. Precisamente fue Gaztambide quien, junto con Barbieri, Luis de Olona y la cooperación del banquero Francisco de las Rivas, promovió la construcción en Madrid “de un gran coliseo, únicamente destinado a explotar la zarzuela española”, según dice textualmente la escritura de constitución de la sociedad comanditaria que se firme el 4 de julio de 1856. Y es que la pareja Barbieri – Gaztambide dio mucho juego. El 24 de junio de 1860 se reunieron con el violinista santanderino Jesús Monasterio y fundaron la “Sociedad Artístico-Musical de Socorros

Mutuos", dedicada a organizar conciertos de música clásica y moderna en Madrid. La flamante sociedad facilitó la audición de compositores que entonces estaban en la cresta de la ola: Mayerber, Mendelssohn, Beethoven..., y dio a conocer en España la música de Wagner.



Miguel Hilarión Eslava Elizondo (1807-1878) y su método de solfeo.

Hacia 1840 el método de solfeo de Hilarión Eslava alcanzó tal celebridad que, hasta bien entrado el siglo XX, fue el que sirvió de estudio a casi todos los niños españoles. Hablar de "casi todos los niños" no es exageración alguna, pues la música se había adueñado del mundo cultural y,

tanto entre las clases bien acomodadas e incluso entre las clases medianamente hacendadas, raro el infante al que sus padres no le procuraba un mínimo conocimiento del do, re, mi. Sí, fueron años de oro para la música y buen escaparate de ello es que la "ópera española" y la zarzuela (desde Marina, de Arrieta, a la Dolores, de Bretón) alcanzaron enorme eco y prosperidad.

En Pamplona, ciudad declarada oficialmente isabelina y liberal tras las guerras carlistas, son años decisivos para la promoción de la música. Aunque bloqueado el desarrollo económico por un sistema dominante de corte medieval encabezado por los militares y la burguesía, la ciudad se suma también a la formidable eclosión popular del gusto por la música. En 1865 Conrado García fundó un coro de voces masculinas que pronto alcanzó sólido prestigio. De él salió un joven herrero roncalés llamado Julián Gyarre y esta formación logró una indiscutible calidad coral de la mano de Joaquín Maya, director de la Academia municipal de Música de Pamplona. En 1881 este grupo pasó a denominarse "Ateneo-Orfeón Pamplonés" y en 1891 el tenor de la catedral, natural de Vergara y llamado Remigio Múgica, se hizo cargo de su dirección. Lo presentó al Concurso Internacional de Orfeones celebrado en Bilbao los días 27 y 28 de agosto de 1892, y la actuación resultó triunfal y apoteósica. Acababa de nacer el laureado Orfeón Pamplonés que todavía hoy cosecha por todo el mundo señalados triunfos.



Remigio Múgica (1866-1958).

En 1878 Pablo Sarasate formó la “Sociedad de Conciertos Santa Cecilia” como soporte de una orquesta inicialmente formada con 70 miembros pertenecientes al profesorado de la Escuela municipal de Música y alumnos destacados de la misma. Se encargó la dirección de la misma a Joaquín Maya y eventualmente Ricardo Villa, director de la Banda municipal de Madrid. Hoy no es fácil comprender en toda su magnitud el tremendo aldabonazo que en el terreno artístico supuso la creación de esta formación musical. Piénsese que la primera orquesta que se fundó en el mundo fue la de la Ópera de París (1669), seguida de la Orquesta del Gewandhaus de Leipzig (1765).

Quedaría incompleto este panorama del patrimonio musical de Navarra, si no se hiciera mención de la Agrupación Coral de Cámara de Pamplona. El año 1946 la creó el maestro Luis Morondo junto con un grupo de orfeonistas. Morondo creó un Coro de Cámara con el objetivo de interpretar, fundamentalmente, música de los siglos XV al XVII, polifonías renacentistas y barrocas, convirtiéndose así en el pionero de la recuperación de las músicas históricas en España muchos años antes de que en Europa se iniciara este movimiento. Sin género de duda, la Agrupación Coral de Cámara fue el proyecto musical más importante desarrollado en Pamplona tras la fundación de la orquesta por Sarasate y



Pablo Sarasate (1844-1908) con la orquesta Santa Cecilia.

Casi cien años separan a una de la otra y hasta bien entrado el siglo XIX no hay noticia de otra fundación. La primera en aparecer fue la Real Orquesta Filarmónica de Londres (1815), a la que siguieron otras cuatro: Filarmónica de Viena, en 1842; Filarmónica de Budapest, en 1845; Orquesta de Conciertos Colonne, de París, en 1875; y Orquesta del Teatro alla Scala, de Milán, también en 1875. A renglón seguido, en 1879, debutaba la Orquesta de la Sociedad de Conciertos Santa Cecilia, de Pamplona, que vino a ser la primera creada en España y la octava o décima (según unos u otros historiadores) a escala mundial. Hoy, tras aprobar el Parlamento de Navarra su profesionalización en 1985, cambió su nombre por el de Orquesta Pablo Sarasate (1995) para terminar denominándose Orquesta Sinfónica de Navarra.

durante los 37 años que el maestro Luis Morondo permaneció al frente de ella el grupo ofreció cientos de conciertos en los principales escenarios españoles, europeos y americanos. Fueron años de éxito rotundo y de un reconocimiento nacional e internacional sin precedentes. La Coral de Cámara de Pamplona fue, durante casi cuatro décadas, la imagen más reconocible de Pamplona y su embajadora cultural más importante. En la actualidad la dirige Jesús María Echeverría y, manteniendo el espíritu fundacional, el grupo se ha adaptado a los nuevos tiempos ampliando su programación.

Navarra es una tierra de privilegio en materia de patrimonio cultural y el de la música tiene conseguido un altísimo e importante puesto de honor.